



Tawa-suyo (Cuatro espacios de vida)
Mixta 2010

Claves bíblicas del *Documento de Aparecida*

Mgt. José Guerra Carrasco*

El *Documento de Aparecida* ha tenido el tiempo suficiente para adentrarse en el corazón de los creyentes. Es hora de evaluar sus desafíos pastorales. En este artículo trataremos de analizar los principales elementos bíblicos que iluminan esta hoja de ruta de la Iglesia latinoamericana y caribeña en el próximo decenio.

El centro de nuestra fe y evangelización es Jesús. Y a Jesús lo encontramos en la Biblia, “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DV n. 9). Junto a la Tradición, fuente de la vida misionera de la Iglesia, ellas guían a los fieles hasta el Señor de la Vida. Desconocer las Escrituras es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y de El Caribe se dispone a emprender, a partir de esta ‘V Conferencia General en Aparecida’, es requisito indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: “que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida” (cfr. Jn 6, 63). De lo contrario,

* Docente de la Carrera de Teología Pastoral de la UPS-Quito



¿Cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (Discurso Inaugural, 3; DA n. 247).

Es necesario proponer a los creyentes la Palabra de Dios como Don que nos da el Padre para que nos encontremos con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (EAm, 12). Los discípulos de Jesús anhelaban nutrirse de la Palabra, acceder a la interpretación adecuada del texto bíblico y emplearlo como mediación con Jesucristo.

En este sentido, la Iglesia debe reiterar sus esfuerzos de una ‘animación bíblica de la pastoral’ como resalta *Aparecida*. Esta animación bíblica debe ser escuela de conocimiento, lectura e interpretación de la Palabra; escuela de comunión con Jesús, de oración con la Palabra, de evangelización in-culturada, de proclamación de la Palabra. Esto exige, por parte de todos nosotros, un acercamiento a la Sagrada Escritura, no sólo de carácter intelectual, sino con el corazón ‘hambriento de oír la Palabra del Señor’ (Am 8,11) (DA n. 248).

Entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura, *Aparecida* destaca una que es privilegiada: *Lectio Divina* o Lectura Orante de la Biblia; ejercicio que bien practicado, conduce al encuentro con Jesús Maestro, al conocimiento de Jesu-Cristo, a la comunión con Jesús, Hijo de Dios y al testimonio de Jesús, Señor de la Vida.

Más adelante, *Aparecida* nos invita a abrir nuestras vidas a la fecundidad de la vida en abundancia; no se trata de abrirse a ‘algo’ de Jesucristo, sino al mismo Jesucristo, camino de crecimiento, de ‘madurez conforme a la plenitud’ (Ef 4,13), de discipulado, comunión y compromiso con la sociedad (DA n. 249). En este sentido, el *Documento de Aparecida* destaca algunos textos bíblicos que iluminan el ser y quehacer de la Iglesia.

a. Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6)

Ante los desafíos que nos plantea la nueva época social en la que estamos inmersos, el *Documento de Aparecida* nos invita a renovar nuestra fe, proclamando con alegría a todos los hombres y mujeres de nuestro continente que el Reino es eminente. El punto de partida es que sentirnos amados y redimidos por Jesús, el Hijo de Dios, el Resucitado que vive en medio de nosotros. Con Él podemos quedar libres del pecado y la esclavitud, y vivir en justicia y fraternidad. ¡Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!

b. Jesús: “Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él” (Jn 1,39)

La primera invitación que Jesús hace a la persona que vive un encuentro con Él es a ser su discípulo, a caminar sobre sus huellas y a formar parte de la comunidad. ¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos! Él nos llama por nuestro nombre, conoce nuestra historia (Jn 10, 3) y nos convoca a participar de su misión (Mc 3, 14-15).

Discípulo es el que habiendo respondido a este llamado, lo sigue, paso a paso, por los caminos del Evangelio. En el seguimiento oímos y vemos el acontecer del Reino de Dios, la conversión de cada persona, punto de partida para la transformación social y para la vivencia de la vida plena. Con Jesús aprendemos una vida nueva, dinamizada por el Espíritu Santo y reflejada en los valores del Reino.

El llamado de *Aparecida* a ser discípulos-misioneros nos exige una decisión clara por Jesús y su Evangelio; una coherencia entre fe y vida; encarnar los valores del Reino, insertarnos en la comunidad y ser signo de contradicción y novedad en un mundo que promueve el consumismo



y desfigura los valores humanos. En un mundo que se cierra al Dios del amor, ¡somos una comunidad de amor, en el mundo y para el mundo! (Jn 17, 14-16).

c. Discipulado misionero en la Iglesia: “*Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos*” (Mt 28,19)

Constatamos cómo el camino del discipulado misionero es fuente de renovación de nuestra pastoral, nuevo punto de partida para la Nueva Evangelización de nuestros pueblos.

- *Iglesia que se hace discípula*: con la parábola del Buen Pastor aprendemos a ser discípulos que se alimentan de la Palabra: “Las ovejas le siguen porque conocen su voz” (Jn 10,4). Que la Palabra de Vida (Jn 6,63), La Lectura Orante y la vivencia de la Eucaristía, deben transformarnos en presencia viva del Resucitado que actúa en la historia (Lc 24,13-35).
- *Iglesia formadora de discípulos y discípulas*: todos en la Iglesia estamos llamados a ser discípulos y misioneros. Es necesario formarnos y formar un Pueblo de Dios que cumpla con responsabilidad y audacia esta tarea. La alegría de ser discípulos y misioneros se percibe de manera especial en la comunidad que abre sus brazos para acoger y valorar a cada uno de sus miembros. *Aparecida* alienta los esfuerzos por ser ‘casa y escuela de comunión’, animando y formando pequeñas comunidades y comunidades eclesiales de base, así como también asociaciones de laicos, movimientos eclesiales y nuevas comunidades.

El *Documento de Aparecida*, al reafirmar el compromiso por la formación de discípulos

y misioneros, se propone atender con más cuidado las etapas de primer anuncio, iniciación cristiana y maduración en la fe. El fortalecimiento de la identidad cristiana ayuda a cada hermano y hermana a descubrir el servicio que el Señor le pide en la Iglesia y en la sociedad. En un mundo sediento de espiritualidad y conscientes de la centralidad de la relación con el Señor, debemos ser Iglesia que aprende a orar y enseña a orar. Una oración que nace de la vida y el corazón y es punto de partida de celebración viva y participativa, que anima y alimenta la fe.

d. Discipulado misionero al servicio de la vida: “*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*” (Jn 10,10).

Desde *Aparecida* nos disponemos a emprender una nueva etapa de caminar pastoral, declarándonos en misión permanente. Con el fuego del Espíritu queremos llenar de amor nuestro continente: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre Ustedes, y serán mis testigos... hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8).

- *En fidelidad al mandato misionero*: Jesús nos invita a participar de su misión. ¡Qué nadie se quede de brazos cruzados! Ser misionero es anunciar a Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido aún anunciado o acogido, en especial en ambientes difíciles y olvidados, más allá de nuestra frontera.
- *Como fermento en la masa*: el misionero del Evangelio no sólo lo es de palabra sino con su vida, entregándola en el servicio, incluso hasta el martirio. Jesús comenzó su misión, formando una comunidad



–la Iglesia- inicio del Reino y parte de la misión. Insertos en la sociedad, tenemos que hacer visible nuestro amor y solidaridad (Jn 13,35) y promover el diálogo con los diferentes actores sociales y religiosos. En una sociedad cada vez más plural, estamos llamados a integrar fuerzas para construir un mundo justo, reconciliado y solidario.

- *Servidores de la mesa compartida*: las agudas diferencias entre ricos y pobres nos invitan a trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falta nadie. *Aparecida* reafirma la opción preferencial y evangélica por los pobres y débiles, en especial enfermos, discapacitados, niños y jóvenes en riesgo, ancianos, presos, migrantes.

El *Documento de Aparecida* nos invita a velar por el respeto al derecho que tienen los pueblos de defender y promover “los valores subyacentes en todos los estratos sociales, especialmente en los pueblos indígenas” (Benedicto XVI, Discurso Guarulhos 4). Nos llama a garantizar condiciones de vida digna: salud, alimentación, educación, vivienda y trabajo para todos. La fidelidad a Jesús nos exige combatir los males que destruyen la vida, como el aborto, la guerra, el secuestro, la violencia armada, el terrorismo, la explotación sexual y el narcotráfico. Una última invitación-advertencia va hacia los dirigentes de las naciones: “deben defender la verdad y velar por el inviolable y sagrado derecho a la vida y dignidad de la persona humana, desde su concepción hasta su muerte natural”.

Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, los participantes convocan a todos los hermanos y hermanas para que unidos con entusiasmo realicen la gran misión continental. Será un nuevo Pentecostés que impulse a ir, de manera especial, a buscar a los católicos alejados y a quienes poco o nada

conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor del Padre Dios. Esta Misión debe llegar a todos, ser permanente y profunda.

En Medellín y en Puebla terminábamos diciendo ‘Creemos’. En *Aparecida*, como lo hace Santo Domingo, se proclama con todas las fuerzas: ‘Creemos y Esperamos’.

- Ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía.
- Vivir el ser cristiano con alegría y convicción como discípulos-misioneros.
- Formar comunidades vivas que alimenten la fe e impulsen la acción misionera.
- Valorar las diversas organizaciones eclesiales en espíritu de comunión.
- Promover un laicado maduro, responsable de la misión de anunciar el Reino de Dios.
- Impulsar la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.
- Mantener con renovado esfuerzo la opción preferencial y evangélica por los pobres.
- Acompañar a los jóvenes en su formación y búsqueda de identidad, vocación y misión, renovando nuestra opción por ellos.
- Trabajar con todas las personas de buena voluntad en la construcción del Reino.
- Fortalecer con audacia la pastoral de la familia y de la vida.
- Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes.
- Avanzar en el diálogo ecuménico “para que todos sean uno”, como también en el diálogo interreligioso.
- Hacer de este continente un modelo de reconciliación, de justicia y de paz.
- Cuidar la creación, casa de todos en fidelidad al proyecto de Dios.
- Colaborar en la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe.

